

Henri Bergson ⁽¹⁾

«La existencia de que estamos más seguros y la que conocemos mejor, es sin duda alguna nuestra propia existencia, pues de todos los demás objetos sólo tenemos nociones que se pueden llamar exteriores y superficiales, en tanto que nos percibimos a nosotros mismos interiormente, profundamente. Pero ¿qué observamos entonces? ¿Cuál es en este caso privilegiado el sentido preciso de la palabra «existir»? Para dar contestación a estas cuestiones, resumiré en cuatro palabras las conclusiones de un trabajo anterior.

«Observo, ante todo, que voy pasando de estado en estado. Tengo calor o tengo frío; estoy triste o estoy alegre; trabajo o no hago nada; contemplo lo que me rodea o pienso en otra cosa. Sensaciones, sentimientos, voliciones, representaciones: he aquí las modificaciones en medio de las cuales pasa mi existencia, y que la coloran sucesivamente. Por lo tanto, yo cambio sin cesar. Pero decir esto no es decir lo suficiente. El cambio es mucho más radical de lo que a primera vista se creería.

«Hablo, en efecto, de cada uno de mis estados, como si cada uno de ellos formase un bloque o un trozo de conjunto. Digo bien al decir que cambio; pero el cambio me da la idea de que consiste en el paso de un estado al estado siguiente: de cada estado tomando en particular y aparte, creo que permanece siendo lo que es durante todo el tiempo que se produce. Sin embargo, un ligero esfuerzo de atención me revelaría que no hay afección, volición, o representación que no se modifique a cada momento; si un estado de alma dejase de variar, su duración dejaría de transcurrir.

«Tomemos el más estable de los estados internos: la percepción visual de un objeto exterior inmóvil, por ejemplo. El objeto permanece el mismo; yo puedo mirarlo de la misma manera,

por el mismo lado, bajo el mismo ángulo; sin embargo de esto, la visión que tengo de él en cada momento sucesivo, es diferente de la que le precede, por lo menos en cuanto que la misma visión y el objeto han envejecido un instante. La memoria es la que pone alguna cosa de este pasado en este presente. Mi estado de alma, avanzando por la ruta del tiempo, se inflama continuamente con la duración que va recopilando; hace, por decirlo así, una bola de nieve consigo mismo. Con mayor razón debe suceder con los estados más profundamente interiores: afecciones, sensaciones, deseos, etc que no corresponden, como una simple percepción visual, a un objeto exterior invariable. Pero es muy cómodo no prestar atención a este cambio ininterrumpido, y no anotarlo sino cuando se hace suficientemente perceptible y capaz de imprimir al cuerpo una nueva actitud y una dirección nueva a la atención. En este preciso momento es cuando se da uno cuenta de que ha cambiado de estado. Por más que, en realidad, nosotros cambiamos continuamente y el estado mismo no es otra cosa sino un cambio.

«Por consiguiente, debe decirse que no existe una diferencia esencial entre pasar de un estado a otro y persistir en el mismo estado. Si el estado que «persiste el mismo» es más variado de lo que se cree, puede decirse que, a la inversa, el paso de un estado a otro se parece, más de lo que uno se podría imaginar, a un mismo estado que se prolonga: la transición es continua. Pero precisamente porque nosotros cerramos los ojos a la incesante variación de cada estado psicológico, nos hallamos obligados, cuando la variación se hace tan marcada que se impone sobre nuestra atención, a hablar del fenómeno, como si un nuevo esta-

(1) Filósofo francés recibido hace pocos días en la Academia Francesa y que por lo curioso de su sistema, llama hoy la atención de todo el mundo.